

**DISCURSO DEL MTRO. ISRAEL CAVAZOS GARZA A NOMBRE DE LOS
PREMIADOS EN LA ENTREGA DE PREMIOS A LA TRAYAECTORIA Y LA
INVESTIGACIÓN HISTÓRICA INEHRM 2014**

UN PREMIO DE LA REVOLUCIÓN

20 DE NOVIEMBRE DE 2014



(El Mtro. Israel Cavazos Garza)

Fue mi admirada amiga la Dra. Patricia Galeana, quién me hizo saber que me sería entregado el Premio “Manuel González Ramírez”, 2014, por lo realizado en el *Rescate de Fuentes y Documentos Históricos*. Confundido con la altísima distinción, hoy lo he recibido. Mi gratitud más cumplida. El premio es de doble significación para un modesto investigador de provincia por cuanto lleva el nombre de uno de los más destacados historiadores de la Revolución. Sé que ha sido a propuesta de la Academia Mexicana del Historia. Mi agradecimiento más cordial, en particular para su director, el Dr. Andrés Lira.

Los documentos sobre el pasado del Noreste de México, como que han estado vinculados a mí ya larga existencia. Recuerdo a dos ancianas, nacidas mediado el XIX: Paz y Lupita, tías de mi padre. Eran como el libro abierto de la historia de la familia. Conservaban cartas de don Pedro de la Garza Ayala, mi tatarabuelo, y me las obsequiaron siendo yo un adolescente. Fechadas en los 830´s y 840´s, me parecían lo más antiguo del mundo. Las conservo. Fueron mi primer contacto con manuscritos históricos.

Los documentos prosiguieron. Ahora de carácter genealógico. La búsqueda en el Archivo de la Catedral de Monterrey, fue intensa. Me sucedió allí algo por lo que pudiera calificármeme de “tocadito”. Uno de los antepasados requerido no aparecía. Oí entonces (sin oír): “Acá estoy”. Devolví las páginas y le encontré. ¡Hacía 300 años que me esperaba!

Sabiendo de mi inclinación por la historia, doña Sara Cavazos, hermana de mi padre, me conminó a que investigara la de mi natal Guadalupe. El Archivo Parroquial, de inicios del XVIII, fue el primero al que acudí. Luego, al Municipal de Monterrey, de fines del XVI, con información abundante. De este acervo documental llegué a ser empleado y más tarde director. Con excepción de mis cuatro años de estudio en México, lo visité diariamente por más de medio siglo. Temporalmente trabajé para un historiador, localizándole varios centenares de documentos acerca de Linares. Me pagaba diez pesos por semana. Además de las actividades ordinarias, logré realizar la síntesis de 3,737 escrituras de los protocolos de los escribanos, de 1599 a 1801, editadas en seis volúmenes con índices redactados por la Mtra. Lilia E. Villanueva, mi esposa. Sinteticé también 3,043 documentos del Ramo Civil (1598-1705) publicados en 1998. Unos y otros suman 6,780. Por otra parte me fue posible editar, en tres grandes tomos, las Actas del Ayuntamiento de 1596 a 1821.

El encargo de un libro sobre Mariano Escobedo, primero de mi autoría, me llevó en 1947 al Archivo General del Estado de Nuevo León, de riqueza increíble, a partir del XIX. Al principio fui sólo investigador y empleado; más tarde director por casi 20 años. Su arreglo y clasificación hicieron pasar por mis manos millares de documentos. Revisé también otras de sus dependencias: el Archivo de Comunidades Agrarias, con abundantes copias de expedientes coloniales. Vinculado el del Estado a los archivos de los municipios, los recorrí todos. Cerralvo. Villaldama, Lampazos, los más antiguos. Temporalmente fui encargado del Archivo del Congreso del Estado.

De mi paso anterior por el Archivo Municipal de Monterrey, recuerdo, en la década de los 40's, a los historiadores locales investigando: Santiago Roel, Timoteo L. Hernández, etc., y a los foráneos don Silvio Zavala y Francois

Chevalier. Debo a don Silvio mi ingreso a El Colegio de México, en 1948. Mi contacto con documentos a partir de entonces, fue mayor. La cátedra de dos eminentes maestros: Agustín Millares Carlo, de latín, y Concha Muedra de paleografía, contribuyó a ello. Con esta última directamente en el Archivo General de la Nación, entonces en el Palacio Nacional, hacia Correo Mayor. Las prácticas, en documentos del Marquesado del Valle, de inicios del XVI. Hubo ocasión de investigar en otros archivos, en el General de Notarías; el de la Catedral de México y otros. En cada uno hicimos copias de lo relativo al Noreste. En cuanto a los archivos de los Estados, mencionaré sólo el de la Diócesis de Guadalajara, a la que perteneció el Noreste de México durante 200 años. El ambiente académico se iluminaba, con la presencia de don Alfonso Reyes, presidente de El Colegio, y con el talento de don Daniel Cossío Villegas, secretario. Durante casi 4 años nos ufanamos de su cercanía. En el escaso alumnado de historia (éramos sólo 9) brilló Luis González y González.

Hasta aquí en cuanto a lo referente a nuestro país. De documentos en el extranjero, lo más cercano: La Biblioteca de la Universidad de Texas, que ahora lleva el nombre de nuestra amiga la Dra. Nettie Lee Benson, su formadora. Lilia y yo estuvimos en los archivos de España en más de diez ocasiones. El acopio para el Noreste, de la etapa virreinal, fue abundante. En el General de Indias, de Sevilla, hallamos documentos fundamentales. En el Histórico, de Madrid, mapas y planos. En la Sección de Manuscritos, de la Biblioteca Nacional, valiosos escritos sobre Alonso de León. En el de Simancas, sobre casi todos los gobernadores del Nuevo Reino de León. En el de la Universidad de Valladolid, los grados académicos de muchos de nuestros personajes. En el de la Corona de Aragón, valiosos documentos. Impresionante el archivo del Paso de Tor, en Galicia, donde nació el apellido Garza, en el siglo XII, con documentación desde aquella época. En el Archivo del Museo Británico de Londres, donde encontré un plano de Monterrey, del siglo XVIII; etc. Pero una de las experiencias de mayor impacto para nuestra vida de archivista, ha sido, en 1982, la estancia de más de un mes en el Archivo de Estado, en Viena. Por convenio de la Universidad de Nuevo León, cumplí el encargo de examinar el Archivo del Imperio de Maximiliano, integrado

por más de 120,000 documentos en español. De todo obtuvimos inventarios y copias. Otra sensación emocional reciente ha sido en el Archivo de Estado, de Génova, ciudad de dos mil años. Recorrer su estantería y leer en los lomos: 1,400, 1,300, 1,200, etc. Para culminar con acariciar un pergamino fechado en 1,084.

Más de setenta años vividos en bibliotecas y archivos han motivado esta reflexión. Si el Instituto de Estudios de la Revolución, recurriendo a la heráldica, premiara con escudos, en la bordura o al pie del mío inscribiría como divisa: ***El libro y el documento son mi sustento.***